



TERCER PREMIO

Padres e hijos

Luis Javier

Justo después de la graduación, al concluir sus estudios, Felipe Arte creyó que la vida estaba entre sus manos y que comenzaría al fin para él, alegre y plena. Era hijo de español y norteamericana, bien posicionados, y su padre le gestionó, sin demasiado esfuerzo, un primer empleo en un banco. Quería que su hijo se especializara y adquiriera, en poco tiempo, una experiencia que, en condiciones normales, podría tardar años.

Felipe imaginó que, al fin, se vería libre de la férrea dictadura de sus progenitores, especialmente del padre, quien, al parecer, había confundido la protección y el amor con un extraño régimen cuasi militar en el que quería decidir hasta a quién debía amar su hijo. Ya había sucedido antes, con Carmen del Pilar, una amiga de Felipe, de la universidad, con la que el padre se había encaprichado, al considerarla la esposa ideal para su hijo.

El futuro suegro lo había intentado todo, desde el soborno hasta la coacción, pero la joven, asustada, y también ante la ausencia de verdadera química amorosa entre Felipe y ella, había frustrado los planes del obsesivo mandamás al

entregarse a un tal Guillermo, un tipo de la mala vida que la dejó preñada enseguida y que le pegaba hasta casi matarla. Y en efecto, Carmen murió en el parto, que era gemelar, y sus hijos tampoco sobrevivieron. Una tragedia de la cual, indirectamente, Felipe también culpaba a su padre, pues de no haber sido por su acoso enfermizo seguro que Carmen del Pilar no habría ido a dar a los brazos de aquel delincuente.

En el banco, Felipe destacó enseguida. Era aplicado y talentoso, y como su más íntimo deseo era apartarse de la presencia sempiterna del padre, se esforzó como nadie para lograr su independencia. En el banco conoció a María Veliz, una joven que trabajaba en el área digital. Tenía una belleza discreta, y era callada y complaciente. Felipe se enamoró enseguida, pero, conociendo a los suyos, trató de mantenerlo oculto todo el tiempo que pudo. Aun sin terminar el primer año, Felipe fue seleccionado para una beca. Todo le sonreía. Entonces se atrevió. Debía hacerlo: le propuso matrimonio a María —que aceptó, no tan entusiasmada como él pensaba, incluso un poco asustada—, y se decidió a enfrentar a sus padres.

Estos recibieron la noticia con aparente indiferencia, pero el día que la llevó a conocerlos, durante la cena, el padre se levantó de improviso, violento, y arrojando su plato contra el piso, se retiró del comedor. Felipe habría jurado que murmuraba, al retirarse, el nombre de Carmen, un nombre casi prohibido que no había vuelto a pronunciarse en aquella casa.

La relación de Felipe y María, no obstante, sobrevivió a aquel inquietante incidente y terminaron casándose, solo por lo civil, prácticamente solos, pues los padres del novio alegaron un viaje impostergable y María ya no tenía parientes vivos, salvo un par de primos lejanos. Poco después, en el banco se presentó una oferta de maestría en la Universidad de Chicago, y Felipe fue seleccionado. No hubo tiempo para luna de miel. Los recién casados se conocieron mal y poco en par de encuentros íntimos sin demasiada gracia y, lo sospecharon entonces, también con poco amor. Felipe, evitando sacar conclusiones apresuradas, partió para Chicago como si huyera, y ya no solo de su huraño padre.

Menos de un mes después, por teléfono, María le comunicó a Felipe que estaba embarazada. El joven quedó mudo al teléfono. Por un instante lo asaltaron las dudas. ¿Se habría ganado la lotería?

—María...

—Felipe, esta barriga es tuya. Sé que parece cosa de locos, pero ningún otro hombre me ha tocado.

El inesperado embarazo de María ocupó todos los pensamientos de Felipe. Ella, educada castizamente, no le había permitido tocarla antes del matrimonio, algo que lo desconcertó bastante, pero que decidió aceptar, y que, en su momento, hasta lo halagó como hombre. ¿Sería posible? Esa noche no pudo conciliar el sueño. La cabeza se apartaba de su cuerpo como si fuera una paloma que volara sobre el océano. Repasó los hechos y se dio cuenta de algo que hasta entonces no había notado, o no había querido notar:

María había cambiado bastante después de aquella cena con sus padres. Se había vuelto temerosa y esquiva. Comprendió que, de algún modo, su padre volvía a imponer su voluntad. Que no la quería para esposa de su hijo, ni la aprobaba, era evidente. Pero lo extraño era que no lo hubiera dicho con todas sus letras, o tratado de impedirlo. Y ahora, un hijo... un hijo lo cambiaba, o lo agravaba todo... ¿Y si fuera una carga ajena?

Felipe dejó pasar los meses como en un limbo. María estaba bien atendida en el apartamento que habían rentado y tenía compañía permanente de una prima. Felipe pagaba todo sin chistar, y cuando supo la posible fecha del parto arregló un permiso en su maestría y regresó a Santo Domingo. Si María lo había engañado lo sabría no bien naciera el niño, pues pensaba ordenar enseguida una prueba de ADN.

La María Veliz que encontró a su llegada no se parecía en nada a aquella muchacha vivaz de la que se había enamorado. El embarazo no le había asentado. Estaba delgada, pero hinchada a la vez, amoratada y vulnerable, con una barriga tensa y redonda que parecía a punto de estallar a cada momento. Pero lo peor era que parecía avergonzada, y también —Felipe no lo entendió entonces—, aterrada, con un miedo cerval que la ponía a temblar por cualquier cosa. «Quizás piensa que morirá en el parto, como Carmen», pensó Felipe, y trató de darle ánimos como pudo. Pero la verdad es que María no lo quería allí, y no lograba disimularlo. Tampoco su prima.

Cuando llegó el día, por suerte, la joven tuvo un parto normal. Un varón. Felipe dio las gracias a Dios, pues hasta él tenía sus dudas sobre si sobrevivirían o no. La tragedia de Carmen, en verdad, había marcado su vida. Casi enseguida, Felipe arregló una reunión con el jefe médico encargado del caso e hizo su solicitud para la prueba de ADN. Era algo vital para su futuro, explicó, y necesitaba saber. Le asistía ese derecho. No hubo negativas. Se tomaron las muestras y Felipe se dispuso a esperar el tiempo que le dijeron. Pero cuando tuvo al niño en los brazos, aun sin el resultado, supo que sí, que aquel era su hijo, sin discusión, pues lo invadió una ternura que jamás había sentido. Además, el niño tenía sus ojos, y su boca. No tuvo dudas. Con los días, aunque era solo una impresión pasajera, el niño le recordaba también a alguien conocido, que no era María, pero no sabía identificar quién.

Una tarde, cuando ya le habían dado el alta y estaban en el apartamento fingiendo ser una familia normal, porque en verdad María apenas hablaba, y amamantaba al niño de mala gana, los padres de Felipe irrumpieron. La inspección fue fría, y minuciosa, y cualquier alegría por el reencuentro fue truncada por las preguntas impersonales e imperativas del padre. María tenía la cabeza baja, y temblaba. En presencia de Felipe sacó su chequera y firmó un cheque a nombre de María, extendiéndoselo con un ademán de desprecio. «Acabamos aquí», dijo.

Felipe se adelantó y lo tomó de las manos de María. El monto lo escandalizó.

—¿Qué significa esto!

—Es el pago de un servicio —respondió el padre—. Ah, y el niño viene con nosotros.

El hombre hizo una seña y la supuesta prima de María tomó al bebé en brazos y se dispuso a irse con ellos. María no movió un músculo.

—¿Pero de qué va todo esto, padre? ¡Es mi hijo! —se interpuso Felipe.

—Así es —dijo el hombre—. Pero no es de ella —agregó, señalando a María.

Incapaz de enfrentarse a su padre, Felipe se desplomó sobre un mueble, vencido por todo aquel absurdo que no entendía. «Nos vemos en casa», le dijo su madre, antes de marcharse con su marido, la mujer y el niño.

A pesar de su insistencia, e incluso de que intentó amenazarla, Felipe no pudo hacer hablar a María. Era evidente que algo, algo terrible, la asustaba más y le impedía hablar. La llegada del resultado de la prueba de ADN acabó de sumirlo en el desasosiego. El bebé era su hijo biológico, pero María, en verdad, ¡no era la madre! ¿Cómo podría ser posible tan locura? Nunca hubiera pensado que su padre hablaba en sentido literal cuando lo dijo. Anonadado, decidió ir al hospital en busca de explicaciones, antes que a su casa.

El médico, bajo un pacto de caballeros, le explicó como pudo aquel entuerto, por lo menos la parte que conocía. Desencajado de asombro, y de espanto, Felipe al fin lo entendió todo. Entonces se echó a llorar como un crío y se compadeció de María, de Carmen, de Guillermo, y de todos aquellos que habían tenido la desgracia de cruzar sus vidas con aquel hombre al que llamaba padre. El médico, conmovido, intentó consolarlo.

—El hijo es suyo, amigo, pero no con María Veliz, que fue solo un vientre de alquiler. Su padre se ocupó de todo. El hijo es suyo con... —El médico consultó sus papeles—: con Carmen del Pilar. Ella había donado sus óvulos, antes de la desgracia... Se nos dijo que usted estaba al tanto, pero que había salido con urgencia del país. Su padre y la joven María Veliz trajeron el semen que se usó. Es un hombre muy... convincente...

—Sí, así es —murmuró Felipe, atando cabos sueltos en su mente.

—¿Sabe usted que si esto se hizo sin su consentimiento puede levantar acciones legales contra su padre?

—Sí, lo sé —dijo Felipe.

—¿Y qué piensa hacer?

—Salvar a mi hijo, doctor, solo salvarlo. Se lo debo a Carmen...

Luis Javier



Nació en Higüey, La Altagracia. Licenciado en Administración de Empresas (1986), de la universidad APEC, y Licenciado en Derecho (Magna Cum Laude), de la Universidad Católica de Santo Domingo (1995). Laboró en el Banco Central de la República Dominicana por más de veinte años. Ha participado en los talleres literarios: Narradores de Santo Domingo (TLNSD), en la Biblioteca Nacional y Pasión por el Cuento, en el Banco Central. Como narrador ha publicado los cuentos «Protesta» y «Tres noches y tres días», en el libro *Pasión por el cuento* (2019). Es autor de una compilación sobre la *Historia de la Jurisprudencia Dominicana* (1844-1900), y de la novela *Sánchez*, dedicada a uno de los padres fundadores de la nación.